

Teo
Lite
raria



V. 3 - N. 5 - 2013

Profesor en Letras y Ciencias de la Comunicación. Actualmente, su actividad incluye la narrativa, el periodismo, la crítica literaria y de artes plásticas, y la investigación. Es asesor de Ediciones Ruinas Circulares y dirige la *Colección Crítica* en dicha editorial. Desde 1989 colabora con publicaciones de Argentina y del exterior, es docente y forma parte de grupos de investigación (CONICET y ALALITE). Miembro del SIPLET-UCA. Publicaciones: Publicó en poesía: *Signos Oscuros* (1995), *El Gruñido* (1997), *El Lugar del*

Una aproximación a la simbólica del mal en el poema “Bar La Cristina” de Jorge Calvetti

An Approach to the Symbolism of Evil in the Poem “Bar La Cristina” by Jorge Calvetti

Prof. Enrique Solinas*

SIPLET-UCA

Resumen

Paul Ricoeur afirma que el hombre es lenguaje –sistema de signos– y que éste es esencialmente simbólico. Todo símbolo es un signo, pero no todo signo es símbolo, ya que éste oculta una doble intencionalidad de la cual el signo carece. En el poema “Bar La Cristina” del poeta Jorge Calvetti (1916-2002) identificamos las tres dimensiones del símbolo que describe Ricoeur y que nos llevan a comprender el sentido de Dios en el hombre contemporáneo.

Palabras clave: Paul Ricoeur, Simbólica del Mal, Jorge Calvetti, Teología y Literatura.

Abstract

Paul Ricoeur asserts that the being human is language-system of signs and that this is essentially symbolic. Every symbol is a sign, but not every sign is a symbol, because it hides a double intentionality that the sign lacks. In the poem “Bar La Cristina” the poet Jorge Calvetti (1916-2002) we identify the three dimensions of symbol described by Ricoeur and

Principio (1998), *Jardín en Movimiento* (2003), *Noche de San Juan* (2008), *El gruñido y otros poemas* (2011). En narrativa: *La muerte y su conversación* (cuentos, 2007). Por su labor literaria obtuvo varios premios, entre ellos, el 1er. Premio Rotary Club Bienio 1990/1991, 1er. Premio Nacional Iniciación Bienio 1992/1993, de la Secretaría de Cultura de la Nación, el 1er. Premio Dirección General de Bibliotecas Municipales de Buenos Aires 1993, Mención en los Premios Municipales de la Ciudad de Buenos Aires a la Producción 1994/1995, Subsidio Nacional de Creación de la Fundación Antorchas, Concurso 1997 de Becas y Subsidios para las Artes, el 1er. Premio Estímulo a la Creación año 2000 de la Secretaría de Cultura de la Nación, el 1er. Premio de Cuento Fantástico 2004 de la Fundación Ciudad de Arena y la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Mención Especial Concurso Dorian 2007, por la Promoción de la Diversidad y la Cultura, Lima, Perú, etc.

Su obra y forma de parte de antologías nacionales e internacionales, siendo traducido al inglés, al italiano y al portugués.

Correo electrónico: enriquesolinahotmail.com.

that lead us to understand the meaning of God in modern contemporary man.

Keywords: Paul Ricoeur, Symbolic Evil, Jorge Calvetti, Theology and Literature.

1. Introducción

“**N**o sólo el Dios cristiano, sino también el Dios de la religión natural, ha llegado a ser para los hombres de hoy algo que no cabe nombrar” afirma Hans Urs Von Balthasar describiendo así el ocultamiento de Dios en nuestro tiempo, y agrega que mientras en la Ilustración –por nombrarlo en exceso– resultaba frívolo, en la actualidad nombrar a Dios o aludir a él suena falso, debido a que su significado ha sido vaciado de contenido esencial. Y desde esta perspectiva entendemos la importancia del lenguaje que nombra para dar visibilidad y validación social o calla para ocultar y desacreditar verdades y creencias arraigadas a través de la fe.

Paul Ricoeur afirma que el hombre es lenguaje –sistema de signos– y que éste es esencialmente simbólico. Todo símbolo es un signo, pero no todo signo es símbolo, ya que éste oculta una doble intencionalidad de la cual el signo carece.

La primera intención es el sentido literal, propia del signo, que es transparente. La segunda intencionalidad, que se oculta en el signo y depende de éste, se eleva por sobre él y se muestra profundo, inagotable, a desentrañar por vía hermenéutica.

El lenguaje es esencialmente simbólico y todo símbolo auténtico posee tres dimensiones: la cósmica, la onírica y la poética, a partir de las cuales podemos comprender su aspecto reflexivo.

En el poema “Bar La Cristina” del poeta Jorge Calvetti (1916-2002) identificamos las tres dimensiones del símbolo que describe Ricoeur y que nos llevan a comprender el sentido de Dios en el hombre contemporáneo.

Las tres dimensiones del símbolo

Bar “La Cristina” – Jorge Calvetti

Dios está aquí.
Como las flores o la soledad o el silencio,
que a veces nos sorprenden con su aparición,
Dios está aquí.
¿Hay aquí alguien que esté limpio de culpa?
Sin embargo
El cielo tiembla en cada una de estas criaturas de pecado.
Y yo, que soy el testigo y el delator
de que Dios está aquí,
más cierto y más firme que el mal,
¿he de hacer del escarnio mi profesión, mi oficio?
Oh Dios,
entre matones, tangos y desoladas prostitutas
siento Tu Presencia
como un forajido que hubiera hallado en mi corazón
un sótano seguro;
como un hombre extraviado golpeas en mi pecho;
eres un borracho que ha encontrado en mi alma
un rincón oscuro donde acostarse
y dormir.

(Calvetti en AA.VV. Poesía argentina... 90)

El hombre descubre el sello de lo sagrado en elementos que con-

forman el mundo. Todos los hombres, en algún momento de nuestras vidas, nos encontramos entre el límite del todo y el vacío, lo cual produce preguntas y extrañamiento. Esta experiencia, porque nos involucra, nos modifica, y en la medida en que participamos del símbolo éste se constituye como tal y es dador de sentido. En el poema de Jorge Calvetti, el sujeto poético descubre la presencia de Dios, cuyo título nos anuncia que se trata de un *bar*, espacio marginal habitado por “*matones, tangos y desoladas prostitutas*” y que son “*criaturas de pecado*”. La experiencia simbólica encuentra su centro no en el yo, sino en la conciencia de pertenecer a algo más grande y que esa presencia es englobante de la realidad simbólica, de la cual el sujeto de la enunciación forma parte. La apertura hacia lo sagrado nos coloca ante lo extraordinario porque nos hace conscientes de la fragilidad de la vida, vemos al ente oscilar entre el ser y el no-ser.

Quien lo descubre se autodenomina “*testigo o delator*”, por lo que podemos inferir que la presencia de Dios es inusual en ese *locus* exclusivamente masculino y, por tanto, se confiesa opuesto a la revelación cósmica que percibe, aunque no puede evitar formar parte. Al mismo tiempo, reconoce la jerarquía divina sobre ese espacio porque Dios está “*más cierto y más firme que el mal*”, es decir, más verdadero y contundente que todo lo que habita ese mundo.

La certeza de la presencia de Dios en ese lugar oscuro, corrompido, comparable con *flores* (vida), *la soledad* (en un espacio concurrido), *el silencio* (en una zona de bullicio), realiza un fuerte contraste entre el símbolo de Dios y el símbolo del mal, en el cual se incluye el sujeto poético.

Dios, como símbolo sagrado, desdibuja sus límites y se carga de múltiples significaciones, entra al corazón del sujeto poético “*como un forajido*”, o es “*un hombre extraviado*”, o “*un borracho*”, configuraciones propias de la realidad que el sujeto poético conoce, de allí la comparación con figuras marginales. Y aunque pueda ser motivo de sorpresa, lo natural es que la presencia de Dios se concrete en aquellos espacios

donde hay necesidad de él.

“*¿Hay aquí alguien que esté limpio de culpa?*”, es la gran pregunta en este poema. La mancha y la culpa están presentes en esta conciencia de lo sagrado. La palabra *limpio* alude al *rito de purificación* y nos lleva a la idea de mácula, símbolo primordial del mal.

Para Ricoeur, la mancha es un poder positivo que infecta y contamina por contacto, y nos lleva al simbolismo del pecado, el cual expresa la pérdida de un vínculo, de un terreno ontológico. Aquí surge el binomio “*perdón-retorno*” y adquiere su máxima plenitud de sentido. Entonces, podemos afirmar que hay una integración del simbolismo de la impureza en el simbolismo del pecado y que encuentra su prolongación en la simbólica de la redención, que viene a contemplar la del perdón. En el poema, Dios “*encuentra*” en el alma del sujeto poético un “*rincón oscuro*” para habitar, una forma de redención al yo poético que padece la culpa.

La *dimensión cósmica* es la presencia de Dios en sí misma, que *sorprende* al sujeto de la enunciación con su aparición inesperada y que perturba la interioridad del yo poético, ya que *el cielo tiembla en cada una de estas criaturas del pecado*. Como símbolo vivo, Dios se entrega a esas criaturas y esta dimensión produce la manifestación irreplicable de lo extraordinario. La misma es posible gracias a que el *yo poético* ha conocido a Dios en el pasado y lo ha olvidado. El texto presenta marcas que hablan de este conocimiento anterior. La primera de ellas es “*¿Hay alguien aquí que esté limpio de culpa?*”, haciendo una clara referencia a San Juan 8:7. La segunda marca, “*Y yo, que soy el testigo, el delator...*”, alude a la figura de Judas Iscariote, el que delataría a Jesús. La tercera marca, “*¿he de hacer del escarnio mi profesión, mi oficio?*”, refiere a distintos pasajes bíblicos (Salmos 5:4, 8:22, 44:14; Sabiduría 79:4; Judith 3:4; Tobías 9:16) donde se expresa la burla que padecen los creyentes por su fe. En el poema, el sujeto de la enunciación se niega, a través de una pregunta retórica, a burlarse de esa manifestación divina que ha percibido y aceptado.

La *dimensión onírica* está dada por el espacio, bar oculto donde los pecadores encuentran un lugar de reunión. Interpretamos que el tiempo de ese espacio es la noche, cuando la luz se retira para que los lugares de dispersión abran sus puertas y el mal pueda ser ejercido con naturalidad, ante el desconocimiento de los habitantes del día. Por esta razón, las comparaciones que utiliza el sujeto de la enunciación para definir la presencia divina están relacionadas con aquello que conoce (un forajido, un hombre extraviado) y define su corazón (su humanidad, sus sentimientos) como un *sótano seguro* y un *rincón oscuro* (lugar olvidado, enterrado, en el descenso, donde tradicionalmente ubicamos al mal). También define a Dios como *borracho*, palabra que nos lleva al alcohol y sus efectos sobre el cuerpo, estado de ensoñación, de pérdida de las facultades, que potencia los sentidos y hace ver la realidad como si fuera un sueño.

La *dimensión poética* está compenetrada con la *dimensión cósmica*, ya que es la presencia de Dios la que conmueve al sujeto de la enunciación para expresar aquello que descubre y lo desborda, y así dar paso a metáforas personales que ponen en evidencia la ineficacia del lenguaje para nombrar con exactitud aquello que percibe. Por lo tanto, la *dimensión cósmica* potencia la dimensión poética y permite la reflexión ante aquello que es dificultoso nominar.

La unidad de las tres dimensiones

Romano Guardini habla de *drama interior* para referirse a la teoría agustiniana del conocimiento. Afirma que:

“la dialéctica del yo se consume en la memoria y la conciencia. Un yo que no sólo es, sino que se encuentra a sí mismo. La interioridad entraña la profundidad de la vida con su articulación en planos y áreas, donde tiene lugar esa conciencia, recuerdo, dominio de sí, encuentro de sí mismo en sí mismo.

Todo esto acontece en la relación vital del yo consigo mismo. Ser uno mismo no es un bloque uniforme; vivir uno mismo tampoco es un desarrollo sencillo. Ambos

son poliformes y están articulados. Se distinguen diversos centros en la relación con el mundo y la acción. Cada uno de esos centros sustenta al otro, y luego del cumplimiento del proceso vital retornan a la unidad". (Guardini 33-42)

En el poema de Jorge Calvetti comprobamos que, una vez develado Dios como símbolo, sus tres dimensiones se despliegan en el espacio simbólico del mal. El reconocimiento de su dimensión cósmica, conmueve, produce extrañamiento y certeza. Esto lleva a que el sujeto de la enunciación reflexione consigo mismo, busque en su memoria conocimiento del pasado y contraste con ese presente. La reflexión íntima lleva a que el discurso esté dirigido a un *tú* que es el símbolo en sí mismo, y mientras expresa la dimensión onírica, se hace cada vez más presente la dimensión poética. Las tres dimensiones conforman una unidad inquebrantable, en donde el yo poético se ha encontrado a sí mismo y la palabra *alma* aparece hacia el final del poema como luz de esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. Biblia de Jerusalén. Bilbao, Desclee de Brouwer, 1975
- AA.VV. Poesía argentina de inspiración religiosa, Compilador: Arturo López Peña. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1992, p. 90.
- Balthasar, Hans Urs von, "El Dios desconocido" en El problema de Dios en el hombre actual. Madrid, Guadarrama, 1966, pp. 203-222.
- Guardini, Romano. "La interioridad", en La conversión de San Agustín. Buenos Aires, Ágape Libros, 2007, pp. 33-42.
- Panikkar, Raimon. "Símbolo y simbolización. La diferencia simbólica. Para una lectura intercultural del símbolo", en Arquetipos y símbolos colectivos. Circulo Eranos I; Barcelona, Anthropos, 1994.
- Ricoeur, Paul. Finitud y culpabilidad. Madrid, Taurus Ediciones, 1969.
- _____. Introducción a la simbólica del mal. Buenos Aires, Ediciones Megapolis. 1976.
- _____. "La metáfora y el símbolo", en Teoría de la interpretación. Discurso y excedencia de sentido, México, Siglo XXI, 2001.
- _____. "La simbólica del mal interpretada", cuarta parte de El conflicto de las interpretaciones. México, Fondo de Cultura Económica, 2003